



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO II.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CARTEAÑAS, RÁNCIA, GRENSE, PÍ Y MARSALE, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PAREZ, JOARETT, CALA, CÚDROVA, SANCHEZ RUEDA, FERRA, ALTADILL, ZAFATA, TREBESNA, ESTEBANER, SOLER, MERCADO, LOZANO, RASTRER, ANER, VALDES, FLORES, LAFUENTE, MINQUET, SIERRA, COLL, PINEDO, ALMIRALL, RUBAT, LONSTAN, CLAVE, RIEPA, GARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p>Enrique Rodríguez Solís.</p> <p>MADRID 8 DE FEBRERO DE 1872.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPANIA.</p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NÚM. 5.º</p>
--	---	---

SUMARIO.

TEXTO.—Los reyes se van, por E. Rodríguez Solís.—La Inquisición de España, por P. Pinedo y Vega.—La Revolución se acerca por F. Álvarez Uceda.—En la guerra, por M. Cuartero.—La española neta, por Roberto Robert.—La idea, por Bonifacio Arroyo y Cáceres.—Zaragatal por Nicolás Estebanzer.—Teatro, por Liso.—Plaza y catedral de Méjico.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Plaza y catedral de Méjico.—El Carnaval en el Prado, Madrid.—Arsenal de la Carraca.

LOS REYES SE VAN.

Ni la Constitución, ni la dinastía constituyen como el 15 de Octubre el fundamento de la política radical.

La Iberia.

¡Los reyes se van...! Si algun temor nos quedara de que tan bella profecía, no solamente puede y debe ser cumplida, la reunion última de los radicales vendría á desvanecer todas nuestras dudas, asegurando su más pronta y cumplida realización.

¡El siglo XIX! ¡El siglo del vapor y del telégrafo, el siglo apellidado de *las luces*, no podía empañar los claros timbres de su limpia historia, dejando en pie un so-

lo trono, cuando su mision grande y magnífica consiste en regenerar al mundo, revolucionando la sociedad en sus tres órdenes, político, social y económico!

¡Los reyes se van...! Los tronos se derrumban, y el hombre libre y grande, el hombre universal, forma con los negros troncos de esos carcomidos sáculos las rojas hogueras, en cuyo negro fondo se derriten y abrasan los atributos todos de la odiosa tiranía, desde el estúpido fanatismo del hipócrita fraile, hasta el hacha sangrienta del terrible verdugo.

¡Los reyes se van...! Los tronos se derrumban; dígalos Grecia, Italia, Méjico, España, Francia y Roma; dígalos esa cohorte de príncipes destronados, verdaderas plantas parásitas que la sociedad arroja de su seno con espanto y horror.

El siglo XIX, para ser en todo grande y poderoso, para cumplir con la sagrada mision que de consuno le imponen la historia y la filosofía, acabará con esos soberbios monumentos, en cuyas gradas ostentan los ejércitos sus sangrientas bayonetas, cuyo pié se encuentra adornado con el mortífero cañon, en cuyo derredor tan solo se miran pueblos maniatados, víctimas y escombros, y en cuyo remate se levanta un sér extraño é incomprensible con derecho de vida y muerte sobre sus conciudadanos, y que vana y orgullosamente se atreve á apellidarse rey.

No: el siglo XIX no dejará en pie ni un solo trono; el

siglo XIX socaba los cimientos de estos viejos edificios para derrumbarlos con horrible estrépito en un día no lejano.

Othon, de Grecia; Francisco, de Nápoles; los duques de Toscana, Módena y Parma; Maximiliano, de Méjico; Isabel, de España; Napoleon, de Francia; Pio, de Roma; y tantos otros, prueban evidentemente la certeza y verdad de cuanto dejamos expuesto.

Los pueblos, amaestrados por la experiencia, instruidos por la historia, fuertes con su derecho y alentados por su valor, rasgan en mil pedazos ese odioso padron de ignominia que se llama monarquía, recobran sus legítimos derechos y cumplen sus sagrados y altísimos deberes, que consisten en dejar á sus hijos ciudadanos libres y honrados de una patria honrada y libre.

Los tronos que hoy se levantan, como lo prueban Maximiliano, de Méjico; Jorge, de Grecia; Cárlos, de Rumania; Napoleon, de Francia, y Amadeo, de España, son edificios de carton elevados sobre un monton de arena y amasados con lágrimas y sangre: su vida está contada; sostenidos por la ambicion de unos cuantos, los destruye el ódio, el empuje y el heroismo de los más.

Napoleon I aseguraba que antes del año 70 habia de ser Europa cosaca ó republicana, y aunque no se haya realizado por completo tan grave profecía, la idea republicana gana terreno de cada día y Europa cuenta ya con una nueva República fundada sobre un despótico imperio, mientras que el ideal cosaco, ó sea la tendencia despótica del Norte, pierde én vigor y fuerza á cada instante: el autócrata ruso liberta á millones de *siervos*, el espíritu liberal cunde en las universidades del temible imperio, y *La Internacional* adquiere cada día nuevos prosélitos en aquel vasto reino, formado con girones de Estados y con restos de heróicos pueblos, que solo esperan la ocasion oportuna para reclamar su legítimo puesto en el concierto universal de la nueva sociedad.

El pueblo español, siempre grande y generoso; este pueblo magnánimo, que no ha vacilado jamás en derramar su sangre cuando se ha tratado de conservar sus legítimos derechos, sus venerandos fueros ó sus sagradas libertades; este pueblo, que ha hecho en los pasados siglos y durante la época presente las más grandes revoluciones, no podia permanecer indiferente ante el movimiento político y social que en todas partes se iniciaba, y á no haber sido por unos cuantos tráfugas, y malvados, habria hecho en 1854 lo que ha conseguido en 1868; derribar el trono, infiltrar en todas partes los principios democráticos y crear un partido republicano tan ilustrado, tan numeroso, tan fuerte y tan digno, que es el asombro de pueblos y extraños.

Y como si todo esto no fuera bastante, el partido republicano federal español, siempre digno, siempre grande y severo; predicando constantemente sus salvadoras doctrinas; despreciando el poder con que en varias ocasiones se le ha brindado por los monárquicos; defendiendo, ora en la tribuna, ora en la prensa, ora en los campos de batalla, la honra y la dignidad de este gran pueblo; trayendo á la Cámara una minoría tan numerosa es ilustrada como jamás se conoció en las Cortes españolas; obteniendo el triunfo de sus partidarios en las diputaciones y ayuntamientos de la inmensa mayoría del país, y señaló con tiempo á los monárquicos el pe-

ligroso camino que emprendían queriendo restaurar una monarquía que el pueblo en su augusta soberanía habia derribado, rodeándola de los atributos esenciales como el veto, disolución de Cortes, hereditaria é irresponsable; atributos ante los cuales no debían tardar mucho en estrellarse, apelando á la piqueta revolucionaria para destruirlos; el partido republicano federal, repetimos, ha conseguido hoy con su elevada actitud, con sus nobles propósitos y su grande desinterés y abnegación, que los monárquico-democráticos renegasen de su ensayo de monarquía democrática, del mayor absurdo político que jamás se ha conocido, y la cual ha terminado como debía y como todos habíamos previsto de antemano.

Democracia y monarquía, libertad y despotismo son imposibles; los reyes tienden á recortar las libertades para ampliar lo que llaman sus derechos, mientras que los pueblos se afanan constante y eternamente por recortar esos derechos, para ampliar sus legítimas libertades. ¿Es posible la union de elementos tan opuestos? ¿Caben juntas opiniones tan distintas? ¿No han de rechazarse principios tan antitéticos? Si, y mil veces si; pues bien, los radicales, los únicos que habian conseguido hacer tolerable la monarquía sosteniendo la libertad y levantar nuestro postrado crédito, se han visto pospuestos á los conservadores y arrojados del poder por un hombre que todo se lo debe. ¡Justa expiación! ¡Castigo terrible, pero justo!

Un consuelo nos queda; los radicales pidieron hacer el ensayo y el ensayo se ha hecho, dando el resultado más triste y deplorable: la sustitucion de la tiranía por la libertad, de lo pasado por lo presente, de la reaccion por la revolucion.

Convencidos de esta verdad, los radicales en su última é importantísima reunion se han declarado antidinásticos; quizás no lo han hecho tan resueltamente comodebian, pero esto no es de extrañar en hombres que, como los radicales, no acaban jamás de decidirse.

La senda emprendida por los radicales es francamente anti-dinástica; y cuenta que esto no lo decimos nosotros, lo dice *La Iberia*, *La Epoca*, *El Argos*, *El Debate* y otros muchos diarios de la situacion, y lo corrobora el diario radical *El Universal*, declarando ser cierto que en dicha reunion no se dió viva alguno ni al rey ni al principe de Vergara.

Del anti-dinastismo á la revolucion no hay distancia alguna; del radicalismo verdadero á la República democrática federal no hay más que un paso; adelante, pues, radicales, si habeis de ser fieles á vuestras convicciones y leales á vuestros compromisos y palabras; pasó la época de las monarquías; la situacion es de la República y para la República; los reyes se van; decididos pronto, y unidos todos plantearemos el ideal de los pueblos libres, la última palabra de la ciencia política: la República democrática federal, la extincion de la *ignorancia* y la *miseria* y la completa emancipacion del pueblo trabajador que sufre y paga.

La hora final de las monarquías ha sonado y *los reyes se van*, porque como ha dicho un gran político, los tronos son unos edificios feos y ruinosos, cuya demolicion es necesaria por causa de utilidad pública y de conveniencia general.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

LA INQUISICION DE ESPAÑA.

Lo que distingue profundamente la Inquisición de España de la de otros países, es que fué la expresión de un sistema político más que religioso, un instrumento destinado á establecer la autoridad absoluta de la monarquía más todavía que la unidad religiosa del país. No tuvo con la Inquisición general otros lazos que los de la comunidad de origen y una cierta comunidad de principios fundamentales; pero no se relacionó con Roma sino por el derecho que los papas se reservaron de confirmar al inquisidor general, protestando, por el contrario, con frecuencia y muchas veces en vano de sus actos.

La Inquisición debió desarrollarse y florecer libremente en España: se encontraba en armonía con el espíritu de las antiguas leyes; tenía, pues, raíces en el suelo mismo y no tuvo necesidad de implantarse. No fué en el fondo más que una extensión, un desarrollo, exagerado sin duda, pero natural, del Código de los visigodos, obra del clero, salida de los Concilios de Toledo, Concilios que fueron, como ha dicho Mr. Guizot, las Asambleas nacionales de la monarquía española. El duodécimo libro de este Código consigna un gran número de disposiciones contra los herejes, los blasfemos, los cristianos judaizantes y sobre todo contra los judíos. El *Fuero real* y las *Partidas*, compilaciones que tuvieron por fin asentar sobre bases sólidas la autoridad real, no modificaron la dura legislación concerniente á los herejes, y se pregunta si la Inquisición pudo unir severidad á tan duras medidas. Y efectivamente, agregó el procedimiento y una organización minuciosamente arteros, á cuyo desenvolvimiento y eficacia ayudó poderosamente la auidex de Fernando el Católico, que encontró en ella la manera de enriquecer el Tesoro con los dos tercios de los bienes confiscados á los herejes.

La Inquisición funcionó en España desde el año de 1232, en que se la encuentra establecida en Tarragona; pero, partiendo de la época de Torquemada, es desde cuando recibió la fuerte organización política que la distingue de la que rigió en otros países. De 1480 á 1498, ha dicho un historiador, España entera humeó como una hoguera. Torquemada, en estos diez y ocho años, vió quemar 8.800 personas vivas y 6.500 muertas ó en efigie.

Torquemada fué investido en 1483, por una bula de Sixto IV, de la presidencia de la Suprema, Consejo Real de la Inquisición de Castilla y Aragón. Catorce tribunales subalternos se erigieron en el reino. El año siguiente el gran inquisidor convocó en Sevilla una Junta general, donde fueron aprobados los primeros reglamentos estables de la Inquisición de España.

Este terrible Código comprende veintiocho artículos, cuyas disposiciones principales resumiremos: obligación impuesta á los herejes y apóstatas de denunciarse á sí propios espontáneamente, fijando un plazo de gracia dentro del que podían escapar á la confiscación de sus bienes: confiscación de los bienes del penitente voluntario que se denunciase después del término de gracia, disposición en que se descubre la ávida mano del

rey Fernando: absolución del hereje arrepenitido sinceramente, pero permaneciendo en prisión durante su vida: autorización á los inquisidores de condenar al tormento, como falso penitente reconciliado, á aquel cuya *confesión y arrepentimiento juzgasen simulados é imperfectos*: condenación como impenitente del acusado convicto que persistiese en negar (art. 14): autorización á los inquisidores para aplicar una segunda vez el tormento al acusado que retractase sus confesiones arrancadas por una primera tortura: prohibición de comunicar á los procesados la copia entera de las deposiciones de los testigos: condenación como hereje convicto del acusado que no compareciese después de haber sido citado en forma.

En el fondo este Código no hace más que reproducir los principios generales de la Inquisición; pero los extiende y exagera. Aparece evidente que se propone ménos la conversión de los herejes que su exterminio, y sobre todo la confiscación de sus bienes. Se dejaba solo á los hijos de los condenados una pequeña porción del haber paterno («á título» de limosna,» decía el art. 22.

El modo de instrucción criminal respondía al espíritu de esta ley tan dura. «No se confronta, dice un historiador eclesiástico, á los acusados con los testigos, y no hay delator que no sea escuchado; un criminal, un niño, una cortesana son delatores graves. El hijo puede deponer contra su padre, la esposa contra el marido, el hermano contra el hermano; en fin, el acusado está obligado á ser su propio delator, de adivinar y de confesar el delito que se le imputa y que, con frecuencia, ignora.»

En estas cortas líneas de una pluma no sospechosa se encuentran resumidos los principios generales de este horrible procedimiento. Pero aquí todavía la Inquisición española no hizo más que seguir, exagerándoles, los procedimientos tradicionales establecidos por la Inquisición general.

Los delatores no aparecían jamás como parte, porque, en oposición al derecho público de la época, el Santo Oficio había prescrito que la única parte adversa del acusado sería el procurador general de la Inquisición, admitiéndose á los delatores como testigos. Los parientes podían deponer contra sus parientes, porque el crimen de herejía se reputaba tan monstruoso, que parecía inventado para romper los vínculos de la sangre; el acusado, en fin, debía ser su propio delator, porque la Inquisición había consagrado la máxima que el culpable se presentase para descargar su conciencia de un crimen ignorado, absolutamente como un pecador arrepenitido se presenta al tribunal de la penitencia en busca del juez que falle.

En cuanto al tormento que se recomienda por el reglamento de 1484, no es á la Inquisición á quien debe imputarse su introducción en España. La ley de los visigodos la había adoptado, prescribiendo que pudiese renovar la tortura siete días continuados como medio de convicción. Pero la Inquisición, lejos de rechazarle, como el espíritu del derecho canónico exigía, se apropió este inicuo procedimiento, así como recogió todo género de tormentos que la costumbre había introducido en los diversos reinos y provincias de España: tormento de la cuerda, del agua, del fuego.

El primero se infligía atando con una cuerda los brazos del procesado á la espalda; se le suspendían de los pies pesadas piedras, se le levantaba en el aire por medio de una polea y se le dejaba en seguida caer bruscamente casi hasta el suelo, de manera que la sacudida violenta dislocase las articulaciones. Este tormento duraba una hora y alguna vez más.

Para el tormento del agua, los verdugos acostaban á la víctima sobre un caballete, especie de banco cóncavo que se cerraba sobre él y le comprimía tanto como se quería. Los riñones descansaban sobre un larguero transversal y la espina dorsal no tenía apoyo. El verdugo, comprimiendo la nariz del paciente, acostado en esta horrible postura, vertía lentamente en su boca una cantidad determinada de agua. Parece que se tenía cuidado, preliminarmente, de introducir en la garganta un trapo fino y mojado cuya extremidad recubriese las narices, á fin de que el agua filtrase más lentamente.

El tormento del fuego no era menos cruel. El acusado, atadas las manos, era acostado de espaldas, sus pies, previamente frotados de aceite ó de grasa, se suspendían sobre una estufa ó calentador ardiendo.

Al principio un acusado podía ser sometido hasta tres veces á la una ó la otra de estas crueles pruebas; la primera para la declaración del hecho, la segunda para manifestar la intención y la tercera para la denuncia de sus cómplices. Una decisión del Consejo de la Suprema prohibió aplicar más de una vez el tormento al acusado; pero los inquisidores encontraron medio de eludir esta prohibición, considerando cada aplicación del tormento como partes de un solo interrogatorio y declarando cada vez que el tormento se *suspendía* para, ser *continuado* más tarde.

Preciso es echar un velo sobre estos horrores y recordar rápidamente cuál era el ornamento de estos dramas judiciales. Los autos de fe son demasiado conocidos: bastantes escritores se han ocupado de su descripción para que nosotros exhibamos una vez más tan crueles escenas; nos limitaremos á reseñar algunos rasgos culminantes propios para que resalte el espíritu que presidía á estas ejecuciones.

El auto de fe tenía dos partes distintas; la ceremonia religiosa y la ejecución propiamente dicha, que comenzaba al abandonar á los condenados al brazo secular. Los autos de fe no tenían lugar sino á grandes intervalos y generalmente á la coronación de los reyes, cuando se celebraba su mayoría, su casamiento ó el nacimiento del príncipe heredero. El rey aparecía sobre un balcón que dominaba el asiento del gran inquisidor. Renovaba al comienzo de la ceremonia el juramento de extirpar las herejías y de apoyar con todo su poder las persecuciones de la Inquisición.

Sobre un estrado estaban colocadas dos especies de jaulas, donde se encerraban á los condenados durante la lectura de su sentencia. Desde el amanecer la campana de la catedral ó iglesia mayor invitaba á los fieles á tan horrible espectáculo. Una larga procesion conducía los condenados al lugar de la ceremonia. Formaban la cabeza los encargados de proveer de leña y alimentar la hoguera: seguían los frailes dominicos precedidos de una cruz blanca; después el duque de Medinaceli, llevando, en virtud de un privilegio hereditario, el estan-

darte de la Inquisición, de damasco-rojo, sobre el que brillaban de una parte las armas de España y de la otra una espada desnuda en una corona de laurel. Marchaban en seguida los condenados que habían sido sentenciados á penas y penitencias arbitrarias, y detrás de estos los relapsos é impenitentes condenados al fuego, con los pies desnudos, vestidos de un *sambenito* de tela amarilla, donde destacaba la figura de diablos negros, y cubierta la cabeza con un gorro puntiagudo pintado de la misma manera.

P. PINEDO Y VEGA.

(Se continuará.)

LA REVOLUCION SE ACERCA.

—La revolución llama á nuestras puertas, dijo un día en el Congreso español un hombre exageradamente místico.

Cuando Aparisi y Guijarro hizo esta profecía, la secular dinastía de los Borbones se había echado en brazos de la más asquerosa reacción; había creado el más caprichoso de los esclavismos en favor de un determinado partido, defraudando muchísimas esperanzas, exasperando más y más las ambiciones, captándose, en fin, un número considerable de enemigos entre los mismos que días antes quemaran á sus pies el incienso de la adulación.

El último día del reinado de doña Isabel, muchos conservadores tuvieron forzosamente que hacerse revolucionarios; otros huyeron con ella al extranjero, y España se vió libre por un momento de ese partido monstruo que aun no ha justificado su razón de ser, ni la etimología del calificativo que le sirve de divisa, puesto que no se sabe qué es lo que *conserva*.

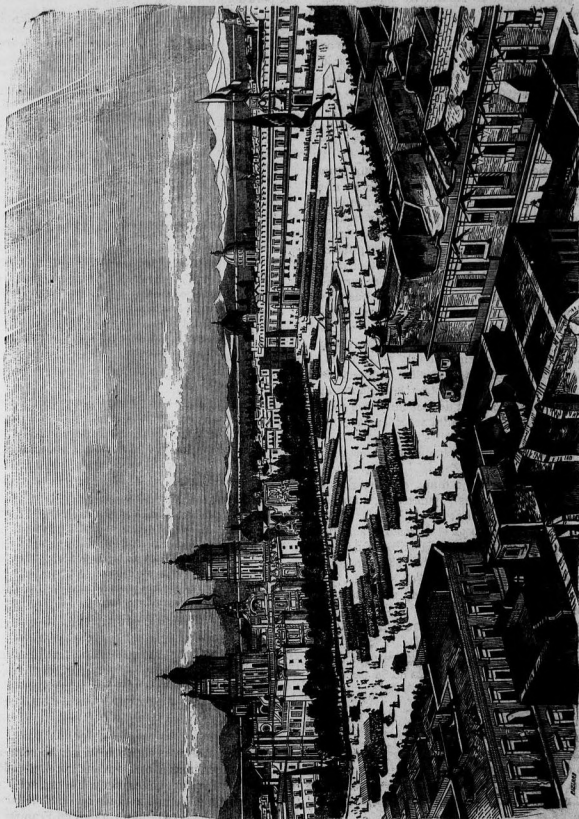
Creer muchos que la revolución de Setiembre no fué lo que los héroes de Cádiz y Alcolea quisieron que fuera, y no creen mal; pero se equivocan cuando aseguran que al fin consiguieron hacer de ella lo que á sus propósitos convenía. Es este un error crasísimo que importa mucho deshacer, porque de este modo demostraremos fácilmente cuán imposible es la formación que se intenta de un nuevo partido conservador que turne en el poder con los grupos progresistas.

Las revoluciones se hacen en las conciencias, é importa poco que un hombre temerario, que un partido egoísta, que un gabinete despótico intenten cohonestarlas ó desconocer el sentido práctico de su organismo; todo lo más que habrán conseguido será desprestigiar-se, inhabilitarse en el concepto público, pero nunca la negación absoluta ni aun relativa de las revoluciones; tampoco su muerte moral, porque ellos, que son impotentes para contener sus primeros empujes, lo son más aun para mostrar la idea que las condensa, para destruir la persuasión que las hace necesarias, y el progreso triunfa siempre; jamás interrumpe su marcha majestuosa.

Así vemos, por lo que á España toca, que de cuantas verdades trajo la revolución al palenque de la polémica, ninguna ha sido negada, todas desconocidas. La de-

mocracia fué la primera verdad que el gobierno revolucionario debió reconocer y plantear como base del organismo político que se iniciaba; pero al querer hacerla compatible con la monarquía, la tergiversó lasti-

mosamente, no la desprestigió; por eso sentimos aun la necesidad de esa ley justísima que precede á la formación de todas las sociedades modernas. La reforma social fué la segunda verdad que el gobierno debió aca-



PLAZA Y CATEDRAL DE MADRID.



tar: al atropellarla se colocó fuera de la legalidad revolucionaria, cometió una torpeza imperdonable, puso al pueblo español en circunstancias más difíciles de las que hasta entonces le habían agobiado, y abrió una

nueva era revolucionaria que, preciso es confesarlo, el pueblo no ha sabido ó querido aprovechar.

Gravísimas son las deducciones que de aquí se desprenden; pero no se crea que vamos á rehuir su respon-

sabiduría; siempre tuvimos el valor de nuestros actos, y hoy más que nunca nos complacemos en consignar nuestro juicio acerca de ciertos preliminares que para la mayoría de los políticos han pasado desapercibidos. En el momento que la Junta de Madrid se constituyó en árbitra de todos los poderes revolucionarios, fué ilegal cuanto de ella emanó; y así el Gobierno provisional como el ministerio Segasta-Topete, último del duque de Aosta, son ilegítimos, no tienen validez popular; así la Constitución de 1869, como los votos de los 191, no tienen sino un valor relativo que el pueblo les ha dado con su apatía é indiferencia. Por esto mismo nosotros consideramos nulo todo lo existente; creemos que la revolución no hizo más que iniciarse, y exigimos con el pueblo su inmediato é ineludible planteamiento.

Si el gobierno tiene valor y dispone de medios para formar ese partido conservador de que diariamente nos habla, que lo forme; nosotros le provocamos á que lo haga. Esos propósitos nos indican que aun no son suficientes las innumerables tropelías llevadas á cabo desde el 29 de Setiembre del 68 acá, y queremos que el gobierno nos diga con franqueza si es que no tiene valor para continuar su torpe conducta, cuyo móvil parece ser enaminado á escarnecer y humillar al pueblo en sus más nobles aspiraciones, y quiere por eso formar una *bandería*, que á título de conservadora, no solo acabe con las justísimas esperanzas que nos animan, sino que además intenta arrancar hasta las creencias de lo más íntimo, de lo más sagrado que posee la naturaleza humana, de la conciencia; porque entonces nosotros le diríamos al gobierno que no tiene necesidad de escudarse con personalidades políticas de esta ó la otra procedencia, pues le sobran á él méritos y antecedentes para ser todo lo reaccionario que un gabinete mal llamado conservador podría ser.

Lo que el gobierno intenta, sin duda, es iniciar una lucha á muerte con los intereses populares, y nosotros le auguramos una derrota segura.

El pueblo, que ha entrevisto ya el angusto reinado de la democracia, que ha tocado de cerca algunos de sus soberanos atributos, qué ha gozado de ellos, aunque solo haya sido una hora, un minuto, un segundo, no podría ver con calma cómo se trataba de arrebatárselo para siempre.

Humillad, perseguid, esgrimid el puñal liberticida; ¿á quién vais á herir, insensatos? Al vacío.

La revolución de Setiembre está en nuestras conciencias. Ella nos hizo concebir la esperanza de la libertad en su más lata acepción.

LIBERTAD RELIGIOSA.

LIBERTAD DE ASOCIACION.

LIBERTAD DE IMPRENTA.

LIBERTAD DE INDUSTRIA.

En una palabra. AL HOMBRE LIBRE EN LA FAMILIA LIBRE.—FAMILIA LIBRE EN EL MUNICIPIO LIBRE.—MUNICIPIO LIBRE EN LA PROVINCIA LIBRE.—PROVINCIA LIBRE EN LA NACION LIBRE.

¿Y ahora quereis decir que todo fué una mentira?

Quereis crear un fantasma que os apoye, destruyendo con mano fuerte todas cuantas reminiscencias, que daron de lo que vosotros llamais proyecto de revolución, ¿no es verdad?

¡Ah! insensatos; esa es precisamente vuestra fatalidad, que la revolución no fuera sino un proyecto: que no contentos con esterilizarla, os empeñais ahora en hacer de ella un pretexto de destruir al propio tiempo que para dominar despoticamente.

Os concedemos que la revolución fué una fantasmagoría.

Por eso la revolución se acerca.

F. ALVAREZ UCEDA.

¡ EN LA GUERRA!

I.

Ya el pobre soldado,
rasgadas las venas
y en sangre empapado,
su patria ha salvado
de férreas cadenas.

La noche sombría
despierta al lamento
del pobre que envía
el último aliento
que da la agonía.

No alumbra ya el astro,
su cuerpo está inerte;
un ave se advierte
que va por el rastro
que deja la muerte.

II.

Reina contento y placer
en la comarcana aldeá,
y allí es muy fácil de ver
solo triste á una mujer
sin saber lo que desea.

¡Pasó la tropa! ¡Hijo mío,
el corazón no me engaña!
¡Muerto! ¡Muerto en tierra extraña!

Y en su loco desvario
quiso preguntar á España:

«¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde?»

A cuyo grito angustiado,
por mil madres pronunciado,
la guerra cruel responde:
«¡Cumplió como buen soldado!»

M. CUARTERO.

LA ESPAÑOLA NETA.

(Conclusión.)

Las mujeres francesas escriben ya mucho para el público, y se dicen unas á otras en sus libros el concepto en que se tienen y lo que les da ó quita mérito.

Esto, que con el tiempo no dudo que podrá dar buenos resultados, ha creado hasta ahora en Francia unos modos de ser convencionales, que contrarían la espontaneidad y deforman los caracteres.

Además, como las expresadas mujeres escriben mucho (relativamente á lo que aprenden), suelen equivocarse (y no lo digo en son de agravio) muchas veces.

Dice la señora de Girardin, á pesar de su buen juicio:

«El italiano tiene más talento que la italiana.

»El español tiene más talento que la española.

»El alemán tiene más talento que la alemana.

»El inglés tiene más talento que la inglesa.

»El ruso tiene más talento que la rusa.

»El griego tiene más talento que la griega.

»Pero el francés tiene ménos talento que la francesa:

»y no hablo ya de los francés vulgar, sino del que pueda

»ser contado como superior entre lo más escogido.»

¿Qué podemos replicar á esto? Que ninguna española neta incurriría en ese pecado de pueril vanidad habiendo recibido la instruccion que en la señora de Girardin reconocemos.

Precisamente la española ama y respeta á sus compatriotas porque reconoce en ellos la superioridad del sexo, y tal es la rectitud de su instinto y tal el sentimiento de su dignidad, que tomaría sobre sí la resolución de los negocios si se creyese con más talento que el hombre para resolverlos.

A la señora de Girardin se le debe replicar lisa y llanamente: si la francesa tiene más talento que el francés, que lo pruebe.

A esa escritora contesta con nota bien disonante una ciudadana de los Estados-Unidos, que dice:

«¿Veis cuán relajado está el carácter entre los españoles, los italianos y los franceses? Pues la culpa la tienen las mujeres de esas naciones. En vez de aspirar al dominio de sus respectivos compatriotas por medio del saber, el raciocinio y la profundidad de miras, pasan el tiempo inventando monedas, discutiendo sobre lo que podrá dar mayor brillo á su tez ó más gracia á sus ademanes, sin sospechar que de este modo confiesan su flaqueza y fortalecen á los hombres en sus ideas de superioridad y dominio.»

Y vean ahí nuestras lectoras cómo las escritoras de otros países no las tratan tan bien como los españoles, de quien tanto suelen quejarse.

* ¿Qué quería la señora Rebeca Smith (que este es el nombre de la autora del párrafo que acabo de citar); qué quería?

«Que las niñas de España desde su má tierna edad contrastaran la influencia de la tradicion, de las costumbres, de la educacion y del ejemplo?

Nos parece imposible que tal cosa desee, porque no cabe en lo humano.

La española aprovecha la escasa instruccion que recibe. ¿Es culpa suya que el bobo de su padre se contente con verla hacer una cortesía á la francesa, con que toque al piano una romanza, sepa bordar y hacer mermeladas, y nada más?

La señora Smith habla de las españolas como suelen hablar de los menesterosos los que ya se han encontrado con un causal hecho al venir al mundo.

Si las españolas no brillan por el saber, ¿es porque se opongan á adquirir conocimientos? Si razonan poco, ¿es acaso porque se nieguen á ejercitar su razon? Y si no tienen profundidad de miras, ¿es que por ventura se les enseña algo más que la superficie de las cosas?

Estimármelas debe por su adivinacion y sus aciertos, y no echárselas en cara errores y faltas de conocimientos de que no tienen culpa.

La que como la señora Smith ha nacido y vivido en un país donde la conciencia es libre, donde la tradicion es democrática, donde el saber y el ganarse el sustento nunca fueron vilipendiados, donde los medios de educarse abundan tanto como los de instruirse, es por demás severa, es injusta al vituperar en las españolas aquello mismo que debiera inclinar su ánimo á compadecerlas.

Y es de advertir que ni ahora ni nunca han dado indicios de esterilidad el entendimiento ni el corazon de las españolas.

Sin más objeto que citar de pasada algunos nombres de españolas célebres, podemos extractar las noticias de un libro que está á nuestra vista, donde se mencionan las siguientes:

La valerosa María Pita, gallega, cuyo heroico ardimiento salvó á la Coruña en 1589.

María de Estrada, asturiana, consorte de Pedro Sanchez Farsan, mujer verdaderamente hazañosa, que peleó á caballo y lanza en mano, poniendo espanto y asombro en cuantos la miraban.

Y advertimos de paso que no es menester remontarse á clases superiores ni á tiempos remotos para dar con ejemplos de extraordinario valor en pecho de española, pues el discreto Feijóo decía á principios del siglo:

«Y yo conocí una que, examinada en el potro sobre un delito atroz que habian cometido sus amos, resistió las pruebas de aquel riguroso exámen, no por salvarse á sí, si solo por salvar á sus amos, pues á ella le habia tocado tan pequeña parte en la culpa, ya por ignorar la gravedad de ella, ya por ser mandada, ya por otras circunstancias, que no podía aplicársele pena que equivaliese, ni con mucho, al rigor de la tortura.»

Pero ese acto de varonil resistencia y de acendrada lealtad redunda solo en honor de una española, y ya que el citado autor refiere á renglon seguido lo que honra á muchas, séame lícito copiar tambien el párrafo siguiente, que dice:

«Pero de mujeres á quienes no pudo exprimir el pecho la fuerza de los cordeles, son infinitos los ejemplares. Of. decir á personas que habian asistido en semejantes actos, que siendo muchas las que confiesan al querer desnudarlasy para la ejecucion, rarísima, después de pasar este martirio de su pudor, se rinde á la violencia del cordel. ¡Grande excelencia verdaderamente del sexo, que las obligue más su pudor propio que toda la fuerza de un verdugo!»

Aquí, para recordar la fortaleza de la mujer española en tiempos más próximos, basta que se quiera volver los ojos á nuestra guerra de la Independencia, á las que, como Mariana Pineda, eternizaron ilustremente su nombre en la lucha con el despotismo, y á las que durante la guerra civil y en posteriores discordias se han acreditado de valerosas.

Volviendo al extracto de la lista, española fué doña Ana de Cervaton, dama de honor de la segunda esposa de D. Fernando el Católico, y mujer que, siendo celebrada por bella, lo fué aun más por entendida.

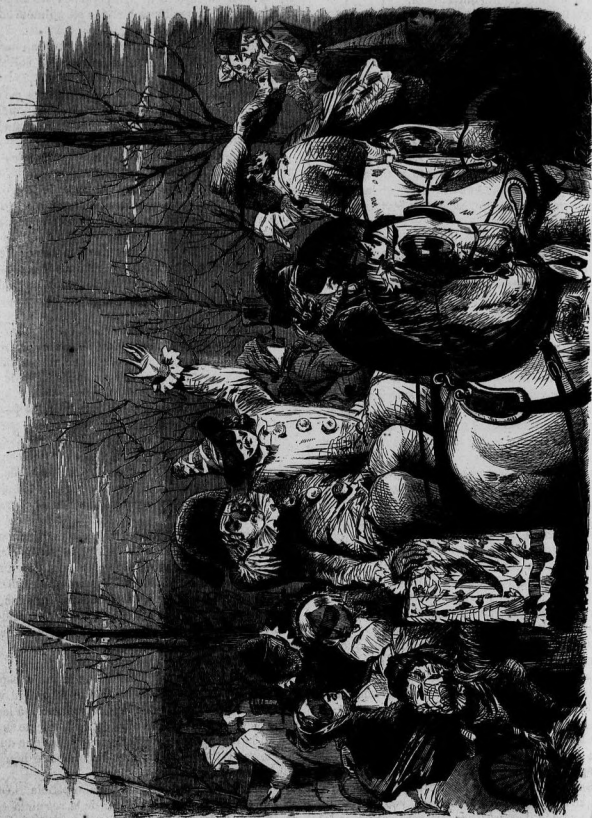
Isabel de Joya, que en el siglo XVI predicó dentro del templo en Barcelona, explicó en Roma á presencia de los cardenales las sutilezas de Scotto, y arrebató con su

elocuencia á gran número de judíos, que abrazaron el cristianismo.

La toledana Lucía Sigee, de quien ha escrito un bello libro nuestra preclara contemporánea doña Carolina

Coronado, supo latin, griego, hebreo, árabe y siríaco, y fué docta en filosofía y buenas letras.

Doña Oliva Sabuco de Nantes, natural de Alcázar, supo física, medicina, moral y política, y tuvo aliento



EL CARNAVAL EN EL PRADO.—(MADRID.)

para arrojarle á destruir los errores fundamentales que en física y medicina privaban en las escuelas.

Doña Bernarda Ferreyra, portuguesa, que conocia varios idiomas y fué muy entendida en poética, retórica,

filosofía y matemáticas. Doña Juliana Morella, barcelonesa, que á los doce años defendió conclusiones públicas de filosofía, y á los diez y siete arguyó públicamente en el colegio de jesuitas de Leon de Francia; supo filoso-

fla, teología, música y jurisprudencia. Sabía hablar con calor lenguas, y ¡oh rareza! no fué tachada de habladora.

La monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz fué celebrada como poetisa, pero entendió más aun de todas cuantas facultades se enseñaban en su tiempo.

No pretendo lastimar la modestia ni tampoco herir la susceptibilidad de ninguna de mis contemporáneas ilustres: no las citaré pues por sus nombres, pero algunas son hoy las que dentro y fuera de España brillan por su buen entendimiento y otras prendas.

Mas debe considerarse que las españolas entendidas no maravillan comparadas con el vulgo de su sexo, sino comparadas con lo poco que se cultivan sus facultades.

El caballero portugués D. Francisco Manuel, aun confesando que había juzgado con alguna severidad á las mujeres en general, decía: «Creo en verdad que hay muchas mujeres de gran juicio. En España y fuera de ella vi y traté algunas.»

No porfiemos ya más en desmentir con dichos y ejemplos á los que desconocen lo que es la española.

Que tres siglos de educación fraíluna la han perjudicado, es verdad; pero ¿no nos han perjudicado también á los españoles?

En cuanto á facilidad para aprender, yo no sé qué mujer puede competir con la española, y en nuestras comarcas industriales, donde á cada paso la mecánica introduce novedades en las operaciones, no sé que jamás las mujeres más rudas hayan sido obstáculo á que un aparato á ellas encomendado pueda cambiarse en seguida por otro de diferente manejo.

La española neta es limpia por naturaleza; pero ya sé que en alguna ciudad de España no tiene siquiera agua para lavarse, y se ve precisada á ir á buscar á dos leguas de distancia.

La española neta tiene recto sentido; pero cuando los españoles más eminentes se andan desmintiendo por espacio de años enteros sobre las verdades más palmarias, ¿querrán exigir Vds. que cada española vea más claro que todos los obispos, que todos los ministros, que todos los magistrados, que todas las dinastías?

La española neta es honesta; pero ¿ha de ser cada una de ellas superior al influjo de toda una corte corrompida como la de Felipe IV, la de Carlos IV y la de Isabel II?

La española neta es leal y concienzuda; pero en épocas en que los que guían la nave del Estado truecan y venden sus opiniones, sacrifican alevosamente á sus amigos, se convidan á espectáculos pacíficos para asesinarlos, ¿exigirán Vds. de cada una de ellas más virtudes que de todos los políticos que por turno van medrando?

Lo ménos que puede decirse de la española neta es que ni su pudor, ni su buen sentido, ni su aptitud intelectual, ni su ternura, ni su esfuerzo serán aventajados por otra alguna, ni lo han sido.

Y tan discreta es la española neta, que, estoy cierto de ello, las que lean este artículo dirán para sí: Justa y halagüeña es la pintura del tipo de la española neta; pero el tipo... no soy yo.

ROBERTO ROBERT.

LA IDEA.

Un día apareció un hombre sobre la tierra con una empresa en la mente y una voluntad tal, que á fuerza de extraordinaria aquella era una temeridad, y á fuerza de desvalido él, una locura.

Pretendía conmover el mundo entero, cambiar los fundamentos de la sociedad, modificar de una manera radical las relaciones de los hombres entre sí, conquistar el universo y crear una nueva civilización, destruyendo para eso la que existía edificada por el esfuerzo de innumerables generaciones y con la sanción de muchos siglos. Pretendía más: sabía que había de luchar con todos los reyes y poderosos de la tierra, que se coaligarían en contra suya, y se lisonjaba de que él solo los vencería.

No contento con lo temerario, aun concibió lo imposible: echar por tierra las divinidades de los pueblos, haciéndose adorar por todas partes. ¡A tanto llegó la locura humana! ¿Cómo había de llevar á cabo tan increíble tentativa un hombre oscuro, sin prestigio de familia, sin armas, sin riquezas, sin ejércitos, sin aliados, pobre, desnudo, perseguido y calumniado?

Llamó un día á unos pocos hombres, tan oscuros y desvalidos como él, sembró en su alma la semilla de la idea, y al imponerles la consigna de ir á conquistar en su nombre el universo, ni formó legiones, ni equipó navios:—*docete omnes gentes*;—enseñad á todas las gentes; esta fué el arma única, pero formidable, que les dió, y con ella conmovió al mundo, y destruyó la sociedad antigua, y creó una nueva civilización, la democracia, y venció á los reyes, y triunfó sobre los orbes, y se hizo adorar de las naciones. Y hace diez y nueve siglos que sigue triunfando.

¿Cómo se engañan los hombres del hierro y del fuego, que se inspiran en el puñal y hacen alianza con el cañón? ¿Qué se han hecho las conquistas de la fuerza, las fundaciones de la espada, los imperios que han creado los ejércitos? ¿Dónde están aquellos cuatro imperios que creyeron que habían llenado el mundo? ¿Dónde están los persas, los asirios, los griegos y los romanos? Ilusiones de la historia, vanaglorias del pasado: el mapa no los conoce: son nombres mitológicos. Enumerad todas las grandezas que hacen el orgullo de la violencia, y yo iré desenvolviéndolas en polvo y ceniza. A vuestro turno mostradme una sola ruina en los campos conquistados por el pensamiento; decidme cuándo cayó la verdad, cuándo se hicieron los funerales de la idea.

Yo la veo, por el contrario, allá en los confines de la eternidad, precediendo al tiempo, atravesar como el rayo de Job las inmensas soledades del caos y crear mundos infinitos, iluminar todos los espacios, engendrar el tiempo é imprimir á todas sus obras el sello de la existencia perdurable. Yo la veo navegando flesa en medio de las tempestades; atravesar serena los senos del trueno y las entrañas del torbellino; flotar inmaculada sobre mares de roja sangre que intentan devorarla; viajar por todo el mundo rompiendo las cadenas de los esclavos, derribando los cadalsos, protegiendo el dere-

cho, redimiendo la justicia, salvando la virtud y reclamando la libertad.

Si, es cierto; tú, pueblo sufrido, la has encontrado recorriendo los caminos del martirio, cargado con las cadenas del cautiverio, bebiendo las lágrimas del destierro y subiendo penosamente, con paso trabajoso y cansado, la cuesta de los dolores del ultraje; pero esas son las armas de su batalla; esa es la idea; pugna para resistir; combate para vencer. Lucha y se desangra; pero triunfa y resplandece.

Las milicias de la idea, esas son las que conquistan. Las revoluciones del pensamiento, esas son las que avanzan con paso formidable, ánimo entero y pujanza irresistible. La idea que ilumina el espíritu y ablanda el corazón, esa es la disciplina de la civilización, que forma los ejércitos, siempre victoriosos, del progreso y de la democracia.

BONIFACIO ARROYO y CÁCERES.

¡ZARAGOZA!

Del Ebro caudaloso en la ribera ostentando aureola inmarcitable, se eleva Zaragoza la indomable, orgullo y gloria de la raza ibera.

Los ecos de la Fama por do quiera difunden su renombre, memorable por la heroica defensa invidiable que coronó de lauro su hundera.

Entusiasmá su nombre á los valientes y los tiranos tiemblan si lo escuchan; se invoca por los libros su memoria en donde quiera que los libres luchan; y admiran las naciones más potentes los brillantes reflejos de su gloria.

NICOLÁS ESTÉVEZ.

TEATROS.

Español. *La vida es sueño.*—Círculo: *Nobleza obliga.*—Zarzuela: *El primer día feliz.*—Martín: *Patricio, El talisman de Felisa y El Matrimonio y la ley.*—Alhambra: *Fausto.*

El teatro Español, queriendo rendir un justo tributo de admiración y respeto á la memoria del inmortal autor de los *Autos Sacramentales*, el célebre Calderón de la Barca, ha puesto en escena su magnífico drama *La vida es sueño*, refundido por Solís, y cuya primera representación fué una verdadera solemnidad.

En la ejecución, bastante desigual por cierto, obtuvo justísimos y merecidos aplausos Rafael Calvo, verdadera joya de nuestro teatro, á quien el público distingue más cada día, y que unió á su privilegiado talento un amor al arte, que le hacen justamente digno del elevado puesto que ocupa.

El Círculo ha estrenado la nueva y última obra del distinguido poeta Sr. García Gutiérrez, *Nobleza obliga*, y aunque no hallamos este drama á la altura de su justa reputación, sin embargo, el final del acto segundo merece los justos aplausos que el público le ha prodigado. Matilde Díez, que en esta obra ha mostrado una vez más sus grandes conocimientos artísticos, ha logrado conno-

ver y entusiasmar de una manera notable; á la Sra. Gilly la encontramos demasiado risueña en el acto primero, y demasiado llorona en el segundo; procure corregir este defecto, en lo cual, seguros estamos, ha de ganar mucho esta apreciable artista; los Sres. Catalina, Oltra, Fernandez y Romea, perfectamente, y la escena servida con la mayor propiedad y lujo.

No en balde albricábamos fundadas esperanzas en la nueva obra estrenada en el teatro de la Zarzuela *El primer día feliz*, letra del Sr. Céspedes y música del maestro Caballero; esta obra ha merecido un éxito tan grande como verdadero, por el cual felicitamos sinceramente á sus autores y á la empresa de Jovellanos.

En Martín, las representaciones de las nuevas obras *Patricio*, del Sr. Benedicto; *El talisman de Felisa*, de Navarro; y *El Matrimonio y la ley*, atraen gran concurrencia á este elegante coliseo, cuya empresa merece el justo favor del público.

El célebre poema de Goethe, *Fausto*, tragedia fantástica en ocho actos y nueve cuadros, traducida al italiano por el abate Scavini, puesto en escena con todo el aparato que su interesante argumento requería, ha proporcionado un nuevo triunfo á la eminente actriz Sra. Pasquali y al Sr. Mayeroni, que en los papeles de Margarita y Mefistófeles han conquistado legítimos aplausos, especialmente en el acto de la iglesia; en cambio al Sr. Fiochi, encargado del papel de Fausto, le hemos hallado tan exagerado en el prólogo como poco amante en el drama; los demás actores contribuyeron al buen éxito de la bellísima obra.

LASSO.

PLAZA Y CATEDRAL DE MÉJICO.

En la plaza de la Constitución, ó más vulgarmente *plaza de Armas*, que encierra obras tan magníficas como el *Palacio Nacional*, el *Portal de Mercaderes*, el *Palacio Municipal* y el *Portal de las Flores*, así apellidado porque hasta él llegaban los indios con sus canoas cuajadas de flores antes de ser cogado por este lado el canal de la Viga, se alza la magnífica catedral, edificada cerca del *teocapli*, templo dedicado al Marte mejicano *Huitzilopochtli* en 1573, y terminada en 1657.

Citaremos en primer lugar su grandioso átrio, adorado de 124 columnas de cantería con gruesas cadenas de una en otra formando bellos columpios, y con frondosos árboles y asientos, que forman el paseo llamado de las *Cadenas*.

La fachada principal cuenta tres hermosas puertas de dos cuerpos, dórico el primero y jónico el segundo, con primorosas estatuas y bajo-relieves.

La puerta de los canónigos está resguardada por un hermoso enverjado y puertas de hierro, y á su lado el *Colegio de los Infantes*, sacristía y ante-sacristía, y al Norte la sala del cabildo, clavería, contaduría de diezmos y biblioteca pública. Las torres tienen una altura de 72 varas, y están adornadas de balaustradas de cantería, jarrones y estatuas que representan los doctores de la Iglesia ó Patriarcas de las órdenes regulares, y cuentan con 48 campanas, siendo las mayores *Santa María de Guadalupe*, de seis varas de alta; *Doña María*, de peso de 450 quintales, y la *Santa Angel*, de 596 arrobas.

Las naves del templo son tres, sostenidas por catorce machos con columnas, y encierra catorce capillas cerradas con bellas balaustradas; dos grandes coros, el de canónigos y el de empleados, y dos magníficos órganos. Este templo es uno de los más ricos en alhajas de oro y plata, que exhibe en los días de grandes y suntuosas festividades.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1795.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

—Señora Teresa, escuchad; me enorgullece haber salvado la vida a una mujer como vos. Sea porque vuestro padre había sucumbido, ó por cualquiera otra razón, el hecho es cierto, y siempre será un rasgo grande, noble y valeroso; es también extraordinario, porque la inmensa mayoría de las mujeres se hubiesen contentado con llorar; hubiesen desfallecido ante la desgracia, y nadie las habría censurado por tal debilidad. Pero sois mujer valerosa, y después de haber cumplido grandes deberes, llorais cuando otros comienzan a olvidar; no sois únicamente la mujer que levanta la bandera caída sobre los muertos; sois también la mujer que llora, y por eso os estimo. Y aseguro que este hogar, habitado en otro tiempo por mi padre y por mi abuelo, se honra hoy con vuestra presencia; ¡se honra, sí, se honra!

Así habló mi tío con suma gravedad, acentuando las palabras, porque estaba verdaderamente conmovido.

La señora Teresa dijo al fin:

—Señor doctor, no habéis así ó tendré que marcharme. Os suplico que no habéis más de esto.

—Os he dicho lo que pienso, contestó mi tío levantándose; y ya no hablaré más de ello puesto que así lo deseáis; pero esto no impedirá que vea en vos una mujer superior, y que sienta orgullo por haberos cuidado. El comandante me ha hablado también de vuestro padre y hermanos, personas sencillas y buenas, que partieron a defender lo que creyeron justo. Cuando tantos millares de hombres orgullosos solo piensan en sus intereses, y lo digo con sentimiento, cuando se creen nobles, no pensando más que en las cosas de la materia, complace ver que la verdadera nobleza, la que procede del desinterés, se refugia en el pueblo. Que sean republicanos ó no, ¿qué importa? creo que delante de Dios los verdaderos nobles son aquellos que cumplen su deber.

En su exaltación, mi tío paseaba por la sala hablando consigo mismo. Habiéndose enjugado las lágrimas, la enferma le miraba sonriendo y le dijo:

—Señor doctor, habéis traído buenas noticias; ¡gracias! ¡gracias! Ahora mejoraré mucho.

—Sí, contestó deteniéndose mi tío, mejoraréis de día en día. Pero ya es hora de descansar; el día ha sido de fatiga y creo que esta noche todos dormiremos bien. ¡Vamos, Fritzel, Lisbeth, a la cama! Buenas noches, señora Teresa.

—Buenas noches, señor doctor.

Cogió la bujía y subió cabizbajo delante de nosotros.

XII.

El siguiente día fué de fiesta para la casa de mi tío Jacob.

Ya era tarde cuando desperté de mi profundo sueño;

había dormido durante doce horas como un segundo, y lo primero que vi fué mi vidriera cubierta de esas flores de plata, de esas estrellas transparentes y esos mil adornos que forma la escarcha y que ningún cincelador podría hacer. Y sin embargo, no son más que una sencilla indicación de Dios, que nos anuncia la primavera en el rigor del invierno; pero también revelan mucho frío, el frío seco y vivo que sigue a las nevadas; cuando se ve esto, todos los ríos están helados y lo mismo las fuentes; los senderos están hinchados y endurecidos, y los charcos cubiertos de una blanca capa helada que cruje bajo los pies como cáscaras de huevo.

Al mirar esto, sacando apenas la nariz de debajo de la colcha y el gorro de algodón calado hasta la nuca, recordaba todos los inviernos anteriores y me decía: «Fritzel, no te atreverás a levantarte, ni aun para almorzar, no te atreverás!»

Sin embargo, subía de la cocina apático olor de sopa a la crema, y aquel perfume me inspiraba tremendo valor.

Media hora hacía que reflexionaba de este modo, y ya había determinado saltar del lecho, tomar la ropa debajo del brazo y correr a la cocina para vestirme delante del hogar, cuando oí levantarse a mi tío y lavarse en la habitación contigua, lo cual me hizo conocer que la fatiga y el frío de la vigilia le había hecho tan dormilón como yo. Momentos después entró en mi cuarto en mangas de camisa, riendo y titirando.

—¡Vamos! ¡vamos! Fritzel, exclamó, ¡arriba! ¡arriba! ¡valor...! ¿No percibes el olor de la sopa?

Lo mismo hacía todos los inviernos en los días de mucho frío, y gozaba en ver mi timidez.

—Si pudiesen traerme la sopa aquí, contesté, olería mucho mejor.

—¡Ah! ¡cobarde! ¡cobarde! exclamó mi tío, ¡querer comer en la cama! ¡Eso sí que es pereza!

Y para darme ejemplo, vertió agua fría de la alcarraza en la jofaina y se lavó con ambas manos la cara delante de mí, diciendo:

—Esto es muy bueno, Fritzel; esto rejuvenece y aguzas las ideas. ¡Vamos! levántate...! ¡Ven!

Viendo que quería lavarme, salté de la cama, y de un brinco cogí la ropa y bajé cuatro a cuatro los escalones. En toda la casa se oían las carcajadas de mi tío.

—¡Ah! ¡tú serás famoso republicano! exclamó; Juanito tendría que tocar mucho la carga para darte valor.

Pero una vez en la cocina me importaban poco sus burlas. Vestime delante del fuego y me lavé con agua tibia que me vertió Lisbeth; esto me pareció mucho mejor que tener tanto ánimo, y comenzaba a contemplar la sopera con ávidos ojos, cuando bajó mi tío la escalera, tiróme de la oreja y dijo a Lisbeth:

—¡Y bien! ¿cómo se encuentra esta mañana la señora Teresa? Habrá pasado bien la noche.

—Entrad, dijo la criada con alegre acento; ¡entrad, señor doctor, os esperan.

Entró el tío y yo detrás, y al pronto nos sorprendió ver desierta la sala y corrida la cortina de la alcoba. Pero mayor fué nuestro asombro cuando, al volver la cabeza, vimos a la señora Teresa con su traje de cantinera, el corpiño negro con botones dorados cerrado hasta el cuello y la corbata roja, sentada al brasero; estaba como la

vimos la primera vez, pero algo más palida y el sombrero sobre la mesa, de modo que sus hermosos y negros cabellos, partidos en medio de la frente, le caían por los hombros y parecía un jóven. Tenia la mano sobre la cabeza de Escipion y rió al ver nuestro asombro.

—¿Sois vos, señora Teresa...? ¡Os habeis levantado!

Y en seguida añadió con inquietud:

—¿Qué imprudencia!

Pero la cantinera, sin dejar de sonreír, le tendió la mano con gratitud, y mirándole con expresion le dijo:

—No temais, señor doctor; estoy bien, muy bien; vuestras buenas noticias de ayer me han devuelto la salud. ¡Vedlo vos mismo...!

Cogióla silenciosamente la mano y contó las pulsa-

ciones; al fin se despejó su frente y exclamó con satisfacción:

—¡Ya no hay fiebre! ¡Ah! ahora todo irá bien. Pero se necesita aun prudencia, mucha prudencia.

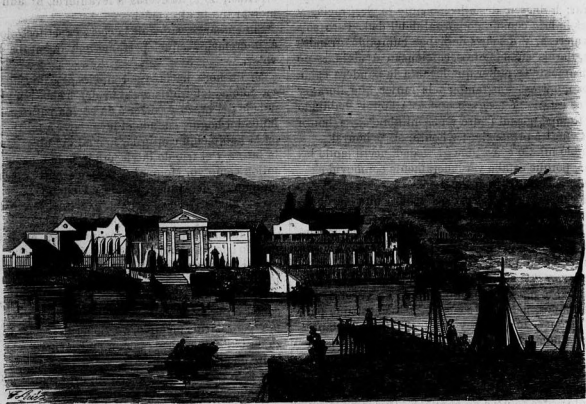
Y retrocediendo empezó á reír como un muchacho, mirando á la enferma que se sonreía tambien,

—Así os vi la primera vez, dijo lentamente, y así os vuelvo á ver, señora Teresa. ¡Ah! hemos sido afortunados, muy afortunados.

—Me habeis salvado la vida, doctor Jacob, contestó la enferma con los ojos bañados en lágrimas.

Pero irguiendo la cabeza y levantando la mano:

—No, dijo mi tío; el que todo lo conserva y todo lo anima es solamente quien os ha salvado; porque no



ARSENAL DE LA CARRACA.

quiere que perezcan todos los corazones grandes y hermosos; quiere que vivan para dar ejemplo á los demás. Solamente á él debemos gratitud.

Y cambiando de voz y de acento, exclamó:

—Este es un buen día y debemos celebrarlo!

En seguida corrió á la cocina, y como no volvía, me llamó la señora Teresa; cogíome la cabeza entre las manos y me besó separándome los cabellos.

—Eres buen muchacho, Fritzel, me dijo; te pareces á Juanito.

Para mí era mucha honra parecerme á Juanito.

Mi tío entró entre tanto, guiñando los ojos y manifestando cierta satisfaccion interior.

—Hoy no salgo de casa, dijo; bueno es que el hombre descanse de tiempo en tiempo. Voy á dar una vueltecita por el pueblo para tener la conciencia tranquila, y en seguida vuelvo para pasar todo el día en familia, como

cuando vivía mi abuela Sehnel. Dígame lo que se quiere, la mujer es siempre la que atrae al hogar.

Hablando de esta manera, se caló el gorro de pieles y se echó á la espalda el capote. En seguida salió de excelente humor.

La señora Teresa habia quedado muy pensativa; levantóse, llevó el sillón junto á una ventana y se puso á mirar la plaza de la Fuente con suma gravedad. Yo fuí á almorzar en la cocina con Escipion.

Media hora despues vi entrar á mi tío diciendo:

—Aquí me teneis ya libre hasta la noche, señora Teresa; he hecho la visita, todo va bien y ya no tengo para qué salir.

Hacia algunos momentos que Escipion arañaba la puerta; abrí, y los dos entramos en la sala. El tío acababa de colgar el capote y contemplaba con melancolía á la señora Teresa.

—¿En qué pensais, señora Teresa? le preguntó; parecíais más triste que antes.

—Pienso, señor doctor, que no obstante los mayores sufrimientos, se siente regocijo al verse aun en la tierra por algun tiempo, contestó con voz conmovida.

—¡Por algun tiempo! exclamó mi tío; decid por muchos años, porque, á Dios gracias, tenéis excelente constitución y dentro de pocos días estareis más fuerte que antes.

—Sí, señor doctor, sí, lo creo, contestó. Pero cuando un hombre bueno y honrado como vos nos levanta de entre los muertos en el último momento, es una gran satisfacción sentirse renacer y decirse: «¡Sin él, no existiría!»

Mi tío comprendió entonces que contemplaba el teatro del terrible combate que sostuvo su batallón contra la division austriaca; que aquella vieja fuente, aquellas paredes cuarteadas, las ventanas, las claraboyas, en fin, toda la estrecha y oscura plaza la recordaba los incidentes de la lucha, y que sabía la suerte que la esperaba si felizmente no hubiese llegado él cuando José Spiek al iba á arrojar á la carreta de los muertos. Quedó como aturrido ante aquel descubrimiento, y solamente después de un rato le preguntó:

—¿Quién os ha referido eso, señora Teresa?

—Ayer, cuando quedamos solas, me dijo Lisbeth cuanto os debo.

—¡Os lo ha dicho Lisbeth! exclamó mi tío lleno de enojo; ¡sin embargo, le habia prohibido...!

—¡Ah! No la reprendais, señor doctor, yo la ayudé á hablar... ¡La gusta tanto hacerlo...!

La señora Teresa sonrió entonces á mi tío, que se calmó y dijo:

—Vamos, vamos, debí preverlo: no hablemos más de eso. Pero oid bien, señora Teresa: es necesario que lanceis esas ideas de vuestra imaginación y procureis ver las cosas por su lado mejor; esto lo necesitáis para el restablecimiento de vuestra salud. Todo va bien hasta ahora, pero ayudemos á la naturaleza con la tranquilidad de espíritu, según el juicioso precepto del padre de la medicina, el sábio Hipócrates: «Un alma vigorosa, dice, salva un cuerpo debilitado.» El vigor del alma proviene de los pensamientos agradables y no de los sombríos. Quisiera que esa fuente estuviese en el otro extremo del pueblo; pero ya que está ahí y no podemos quitarla, sentémonos al brasero en el otro rincón para no verla: esto será mejor.

—Como queráis, contesto la señora Teresa levantándose.

Apoyóse en el brazo de mi tío, que parecia satisfecho en sostenerla. Yo arrastré el sillón, y todos nos colocamos alrededor del brasero, cuya lumbre nos regocijaba.

Fuera y á lo lejos se oía de tiempo en tiempo ladrar un perro, y aquella voz clara que tanto se extiende por los campos en los tiempos frios, despertaba á Escipión, que se levantaba, daba cuatro pasos hácia la puerta gruñendo, con los bigotes erizados, y en seguida volvía á acostarse junto á mi silla, diciéndose sin duda que un buen fuego vale más que el gusto de hacer ruido.

La señora Teresa parecia satisfecha y tranquila á pesar de su palidez. Hablábamos en calma, y el tío fuma-

ba en la pipa grande de porcelana con suma gravedad.

—Pero decidme, señora Teresa, creía haber rasgado el corpiño y lo veo como nuevo.

—Lo cosimos ayer Lisbeth y yo, señor Jacob, respondió la cantinera.

—¡Ah! bien, bien... ¿Con que sabéis coser...? No se me habia ocurrido tal cosa... Os veía siempre delante de un puente ó á la orilla de un río iluminada por el fuego de la fusilería.

La señora Teresa sonrió.

—Soy hija de un pobre maestro de escuela, dijo, y la primera cosa que hay que hacer en este mundo, cuando se es pobre, es aprender á ganarse la vida. Mi padre sabia esto y todos sus hijos habian aprendido oficio. No hace más de un año que partimos, y no mi familia únicamente, sino todos los jóvenes del pueblo y de los inmediatos, con fusiles, hachas, horquillas y cuanto podian encontrar para ir á combatir á los prusianos. La proclama de Brunswick sublevó toda la frontera; por el camino aprendian el ejercicio.

Mi padre, hombre instruido, fué nombrado capitán por eleccion popular, y más tarde, después de algunos encuentros, ascendió á jefe de batallón. Hasta nuestra partida le habia ayudado en sus clases dando lecciones á las niñas, instruyéndolas en todo lo que debe saber una mujer de su casa.

¡Ah! señor doctor, si entonces me hubiesen dicho que un día marcharía entre soldados, que llevaria el caballo por la brida en medio de la noche, que haria pasar mi carro sobre montones de cadáveres y que muchas veces, durante horas enteras, en medio de las tinieblas, no veria mi camisa sino á la luz de los disparos, no hubiese podido creerlo, porque solo gustaba de los sencillos deberes de familia; era además muy tímida; una mirada me ruborizaba á pesar mío. Pero ¿qué no hacemos cuando nos sacan de la oscuridad grandes deberes, cuando la patria, en peligro, llama á todos sus hijos? El corazon se levanta entonces, se sufre un cambio, se avanza, se destierra el miedo y nos asombramos de haber hecho cosas que nos serian antes imposibles.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

La palabra *crisis* corre ya de boca en boca. ¡Oh! y esta vez si que es verdadera, indispensable, absolutamente necesaria: Robledo y sus *pólos fronterizos* se han empuñado en ello; todos se juzgan dignos de ocupar un ministerio, pues dicen, y con justa razon á fé, que siendo ministro Angulo, no hay espusta que no se crea capaz de serlo, desde el académico más encopetado al más modesto aguador; y á pesar de las visitas de Serrano á Sagasta, y de las conferencias de Robledo y Topete, el *pollo* de Ronda se ha propuesto provocar la crisis, y por esta vez parece que se sale con la suya. ¡Prepárate, pueblo español, á sufrir esta nueva y terrible irrupcion de *fronterizos*, más temibles aun que las terribles huestes del famoso Atila!

vimos la primera vez, pero algo más palida y el sombrero sobre la mesa, de modo que sus hermosos y negros cabellos, partidos en medio de la frente, le caían por los hombros y parecía un joven. Tenia la mano sobre la cabeza de Escipion y rió al ver nuestro asombro.

—¿Sois vos, señora Teresa...? ¡Os habeis levantado!

Y en seguida añadió con inquietud:

—¡Qué imprudencia!

Pero la cantinera, sin dejar de sonreír, le tendió la mano con gratitud, y mirándole con expresion le dijo:

—No temais, señor doctor; estoy bien, muy bien; vuestras buenas noticias de ayer me han devuelto la salud. ¡Vedlo vos mismo...!

Cogiola silenciosamente la mano y contó las pulsa-

ciones; al fin se despejó su frente y exclamó con satisfacción:

—¡Ya no hay fiebre! ¡Ah! ahora todo irá bien. Pero se necesita aun prudencia, mucha prudencia.

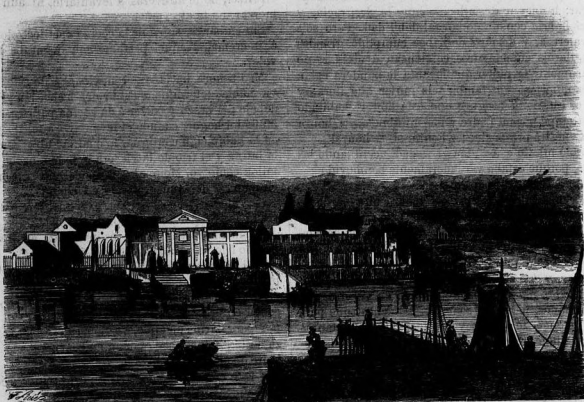
Y retrocediendo empezó á reír como un muchacho, mirando á la enferma que se sonreía tambien,

—Así os vi ia primera vez, dijo lentamente, y así os vuelvo á ver, señora Teresa. ¡Ah! hemos sido afortunados, muy afortunados.

—Me habeis salvado la vida, doctor Jacob, contestó la enferma con los ojos bañados en lágrimas.

Pero irguiendo la cabeza y levantando la mano:

—No, dijo mi tío; él que todo lo conserva y todo lo anima es solamente quien os ha salvado; porque no



ARSENAL DE LA CARRACA.

quiere que perezcan todos los corazones grandes y hermosos; quiere que vivan para dar ejemplo á los demás. Solamente á él debemos gratitud.

Y cambiando de voz y de acento, exclamó:

—¡Este es un buen día y debemos celebrarlo!

En seguida corrió á la cocina, y como no volvía, me llamó la señora Teresa; cogíome la cabeza entre las manos y me besó separándome los cabellos.

—Eres buen muchacho, Fritz, me dijo; te pareces á Juanito.

Para mí era mucha honra parecerme á Juanito.

Mi tío entró entre tanto, guiñando los ojos y manifestando cierta satisfacción interior.

—Hoy no salgo de casa, dijo; bueno es que el hombre descansa de tiempo en tiempo. Voy á dar una vueltecita por el pueblo para tener la conciencia tranquila, y en seguida vuelvo para pasar todo el día en familia, como

cuando vivía mi abuela Schnel. Dígase lo que se quiera, la mujer es siempre la que atrae al hogar.

Hablando de esta manera, se caló el gorro de pieles y se echó á la espalda el capote. En seguida salió de excelente humor.

La señora Teresa habia quedado muy pensativa; levantóse, llevó el sillón junto á una ventana y se puso á mirar la plaza de la Fuente con suma gravedad. Yo fui á almorzar en la cocina con Escipion.

Media hora despues vi entrar á mi tío diciendo:

—Aquí me teneis ya libre hasta la noche, señora Teresa; he hecho la visita, todo va bien y ya no tengo para qué salir.

Hacia algunos momentos que Escipion arañaba la puerta; abrí, y los dos entramos en la sala. El tío acababa de colgar el capote y contemplaba con melancolía á la señora Teresa.

—¿En qué pensais, señora Teresa? le preguntó; parecíais más triste que antes.

—Piensó, señor doctor, que no obstante los mayores sufrimientos, se siente regocijo al verse aun en la tierra por algun tiempo, contestó con voz conmovida.

—¿Por algun tiempo! exclamó mi tío; decid por muchos años, porque, á Dios gracias, teneis excelente constitucion y dentro de pocos dias estareis más fuerte que antes.

—Sí, señor doctor, sí, lo creo, contestó. Pero cuando un hombre bueno y honrado como vos nos levanta de entre los muertos en el último momento, es una gran satisfaccion sentirse renacer y decirse: «¡Sin él, no existiría!»

Mi tío comprendió entonces que contemplaba el teatro del terrible combate que sostuvo su batallón contra la division austriaca; que aquella vieja fuente, aquellas paredes cuarteadas, las ventanas, las claraboyas, en fin, toda la estrecha y oscura plaza la recordaba los incidentes de la lucha, y que sabía la suerte que la esperaba si felizmente no hubiese llegado él cuando José Spick al iba á arrojar á la carreta de los muertos. Quedó como aturrido ante aquel descubrimiento, y solamente despues de un rato le preguntó:

—¿Quién os ha referido eso, señora Teresa?

—Ayer, cuando quedamos solas, me dijo Lisbeth cuánto os debo.

—Os lo ha dicho Lisbeth! exclamó mi tío lleno de enojo; ¡sin embargo, le habia prohibido...!

—¡Ah! No la reprendais, señor doctor, yo la ayudé á hablar... ¡La gusta tanto hacerlo...!

La señora Teresa sonrió entonces á mi tío, que se calmó y dijo:

—Vamos, vamos, debi preverlo: no hablemos más de eso. Pero oid bien, señora Teresa: es necesario que lanceis esas ideas de vuestra imaginación y procureis ver las cosas por su lado mejor; esto lo necesitais para el restablecimiento de vuestra salud. Todo va bien hasta ahora, pero ayudemos á la naturaleza con la tranquilidad de espíritu, según el juicioso precepto del padre de la medicina, el sábio Hipócrates: «Un alma vigorosa, dice, salva un cuerpo debilitado.» El vigor del alma proviene de los pensamientos agradables y no de los sombríos. Quisiera que esa fuente estuviese en el otro extremo del pueblo; pero ya que está ahí y no podemos quitarla, sentémonos al brasero en el otro rincón para no verla: esto será mejor.

—Como querais, contesto la señora Teresa levantándose.

Apoyóse en el brazo de mi tío, que parecia satisfecho en sostenerla. Yo arrastré el sillón, y todos nos colocamos alrededor del brasero, cuya lumbre nos regocijaba.

Fuera y á lo lejos se oía de tiempo en tiempo ladrar un perro, y aquella voz clara que tanto se extiende por los campos en los tiempos frios, despertaba á Escipión, que se levantaba, daba cuatro pasos hácia la puerta gruñendo, con los bigotes erizados, y en seguida volvía á acostarse junto á mi silla, diciéndose sin duda que un buen fuego vale más que el gusto de hacer ruido.

La señora Teresa parecia satisfecha y tranquila á pesar de su palidez. Hablábamos en calma, y el tío fuma-

ba en la pipa grande de porcelana con suma gravedad.

—Pero decidme, señora Teresa, creía haber rasgado el corpiño y lo veo como nuevo.

—Lo cosimos ayer Lisbeth y yo, señor Jacob, respondió la cantinera.

—¡Ah! bien, bien... ¿Con que sabéis coser...? No se me habia ocurrido tal cosa... Os veia siempre delante de un puente ó á la orilla de un río iluminada por el fuego de la fusilería.

La señora Teresa sonrió.

—Soy hija de un pobre maestro de escuela, dijo, y la primera cosa que hay que hacer en este mundo, cuando se es pobre, es aprender á ganarse la vida. Mi padre sabía esto y todos sus hijos habian aprendido oficio. No hace más de un año que partimos, y no mi familia únicamente, sino todos los jóvenes del pueblo y de los inmediatos, con fusiles, hachas, horquillas y cuanto podian encontrar para ir á combatir á los prusianos. La proclama de Brunswick sublevó toda la frontera; por el camino aprendian el ejercicio.

Mi padre, hombre instruido, fué nombrado capitán por eleccion popular, y más tarde, despues de algunos encuenos, ascendió á jefe de batallón. Hasta nuestra partida le habia ayudado en sus clases dando lecciones á las niñas, instruyéndolas en todo lo que debe saber una mujer de su casa.

¡Ah! señor doctor, si entonces me hubiesen dicho que un dia marcharia entre soldados, que llevaria el caballo por la brida en medio de la noche, que haria pasar mi carro sobre montones de cadáveres y que muchas veces, durante horas enteras, en medio de las tinieblas, no veria mi camino sino á la luz de los disparos, no hubiese podido creerlo, porque solo gustaba de los sencillos deberes de familia; era además muy tímida; una mirada me ruborizaba á pesar mio. Pero ¿qué no hacemos cuando nos sacan de la oscuridad grandes deberes, cuando la patria, en peligro, llama á todos sus hijos? El corazón se levanta entonces, se sufre un cambio, se avanza, se destierra el miedo y nos asombramos de haber hecho cosas que nos serian antes imposibles.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

La palabra *crisis* corre ya de boca en boca. ¡Oh! y esta vez sí que es verdadera, indispensable, absolutamente necesaria: Robledo y sus *pollos fronterizos* se han empeñado en ello; todos se juzgan dignos de ocupar un ministerio, pues dicen, y con justa razon á fé, que siendo ministro Angulo, no hay español que no se crea capaz de serlo, desde el académico más encopetado al más modesto agudador; y á pesar de las visitas de Serano á Sagasta, y de las conferencias de Robledo y Topete, el *pollo* de Ronda se ha propuesto provocar la crisis, y por esta vez parece que se sale con la suya. ¡Prepárate, pueblo español, á sufrir esta nueva y terrible irrupcion de *fronterizos*, más temibles aun que las terribles huestes del famoso Atila!

Crisis y retraimiento; hé aquí las dos frases que podríamos llamar de moda, y que adornadas con una ósea dosis de *antidynastismo* radical, forman el magnífico *pastel* que ciertos españoles vienen preparando en competencia con aquel celebrado *pastel à la italiana* de que nos hablaba el diario *La Política*.

Con efecto, la última reunión celebrada por los radicales en el circo de Price ha causado profunda resonancia en altas regiones, al decir de los situacioneros, y... convenáramos en que la cosa no era para menos, puesto que allí se dijeron cosas gordas, terribles, si bien no todas y con la debida claridad que nosotros y con nosotros el país entero tenía derecho á esperar: allá va la prueba.

Echegaray.—La revolución abrió las puertas y balcones de palacio para que el viento le limpiara de todo miasma reaccionario, y sin embargo, aun no se ha creado bien.

Mathet.—Nos hallamos como en Agosto del 68 por haber querido aliar dos cosas inconciliables con ciertos atributos esenciales. (Ruidosos aplausos.)

Martos.—No es posible que por mucho tiempo se vea el país con la desdicha y vergüenza de ser regido por estadistas como De Blas, camaleones como Colmenares, hacendistas como Angulo y traidores como Sagasta.

Zorrilla.—Fodo con la Constitución del 69: absolutamente nada sin ella.

Los diarios ministeriales juzgan como anti-dinástica la reunión de Price, y en verdad que no les falta razón, pues como dice un periódico, las opiniones más *exageradas* fueron las que obtuvieron allí mayores aplausos.

Los Sres. Rivero y Becerra, de cuya actitud se dudaba entonces, y aun se duda hoy, no tomaron la palabra por hallarse *enfermos*, pero sus opiniones, según hemos podido averiguar, son francamente revolucionarias.

El manifiesto electoral de los ministeriales apareció por fin, y es una verdadera mesa servida, una nueva capa del estudiante, toda llena de remiendos de diferentes colores, desde el ex-demócrata Ortiz de Pinedo al alfonso Sr. Elduayen; verdugos y víctimas, ametralladores y ametrallados, formando un compuesto tal, que desgraciado de nuestro país si llegara á probar tan mortífero breva!.

El Sr. D. Antonio Ríos Rosas, el célebre diputado monárquico, acaba de ser agraciado con el *Tison de Oro* y de presentarse en palacio para dar gracias á D. Amadeo por tan señalada honra.

Seguros estamos de que D. Antonio de Orleans, al leer la noticia, ha exclamado en un arranque de *regio* furor, enarbolando el célebre paraguas y estrujando el número de la implacable *Correspondencia*, lo propio que Julio César:

«Tú también, Bruto...!»

Si señor, también él, y Serrano, y Caballero de Rodas, y todos, todos estos señores se vuelven atrás y á los lados siempre que les acomoda, porque no tienen más Dios que el *presupuesto*, rodeado de sus atributos esenciales, la *farsa*, la *adulación*, el *engrandecimiento* y la *apostasía*.

El manifiesto de la junta carlista aconsejando no pagar las contribuciones ha sido denunciado y sus firmantes llamados á declarar. ¡Y aun diremos que no tenemos libertad! De todos modos, parece que en Valencia varios propietarios, siguiendo el consejo de sus amigos, se han negado á pagar y exigen ante los tribunales la debida responsabilidad á los funcionarios que se han presentado á reclamar el pago.

Nos complace sobre manera esta enérgica y noble ac-

titud, por más que venga de nuestros enemigos políticos.

Se dice que el Sr. Gonzalez Alegre, gobernador de Madrid, insiste en dejar su puesto, en el que será reemplazado por el unionista Sr. Alvareda. Pero el Sr. Gonzalez Alegre no ha querido dejar su puesto, sin llevar á cabo una hazaña que immortalice su nombre, y ha denunciado al ministro de la Gobernación el *abuso cometido por unos telegrafistas del ferro-carril, que en bromas ó de veras han enviado á algunos compañeros suyos la noticia de haberse proclamado la República en Madrid*.

¡Bien por el Sr. Gonzalez Alegre! Su denuncia costará caro á esos infelices, pero la sociedad, el orden y la familia se habrán salvado, y el Sr. Alegre podrá retirarse á la vida privada completamente tranquilo y pudiendo exclamar como el célebre ministro portugués de una zarzuela de Camprodon:

«Con otro golpe como este me eternizo en el poder!»

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

La nueva forma iniciada por esta empresa en LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL fué debida á las fuertes instancias y manifiestos deseos de varios suscritores, y á pesar de los nuevos gastos y perturbaciones que la nueva marcha traía consigo, esta empresa no vaciló un instante en llevarla á cabo con el solo y único objeto de satisfacer estos deseos.

Hoy la inmensa mayoría de nuestros corresponsales y suscritores nos han indicado su leal opinión de que, á pesar de los buenos deseos que guiaron la reforma anterior, esta no ha satisfecho por completo las aspiraciones de nuestros abonados, los cuales verían con mayor gusto que se continuara en la que podríamos llamar la antigua marcha.

Si los deseos de la empresa de LA ILUSTRACION hubieran sido el lucro y nada más, cambios semejantes habrían contrariado sus propósitos; pero como nuestro deseo ha sido y será siempre satisfacer los deseos de nuestros abonados, propagar nuestras doctrinas y sostener siempre firme y valerosa la enseñanza republicana, accedimos con el mayor gusto á los deseos de nuestros amigos.

Así, pues, desde el presente número LA ILUSTRACION vuelve á publicarse en la antigua forma, con los grabados intercalados en el texto, si bien en la imposibilidad de retirar la obra que teníamos comenzada, dedicaremos las dos últimas planas á su continuación.

Entre los nuevos grabados que preparamos para LA ILUSTRACION se cuentan dos magníficos retratos de los ciudadanos *Francisco Cuello*, tan vilmente asesinado en Barcelona, y el de *José Anselmo Clavé*, presidente de la diputación provincial de dicho punto; *Francía firmando el tratado de paz*, y otros varios.

Terminados los cuadernos de nuestra *Miscelánea Popular*, almanaque para 1872, correspondientes á los meses de Enero y Febrero, suplicamos á todos aquellos que teniendo pedidos hechos no lo han recibido, se sirvan renovarlos, pues habiendo superado el éxito de esta publicación á cuanto podíamos esperar, y debiendo procederse á la reimpression de dichos cuadernos, nos precisa saber el número de ejemplares á que debamos ajustar la nueva tirada.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LAPAJO, calle de la Gaceta, 27.